

**Arqueología industrial.** Definición de la *Enciclopedia valenciana de Arqueología industrial* (1995: Manuel Cerdà, Mario García Bonafé, dirs. Valencia: Edicions Alfons el magnànim / Associació Valenciana d'Arqueologia Industrial, págs. 94-98)

Disciplina que se ocupa de registrar, investigar y analizar los vestigios materiales de la sociedad industrial-capitalista. Para ello se sirve del método arqueológico, y sus procedimientos (prospección, excavación, documentación, clasificación y análisis del registro) son los mismos que los de cualquier otra rama de la Arqueología. Como parte de ésta, su finalidad es la de producir conocimientos históricos desde los que poder interpretar y explicar la realidad del período objeto de su estudio, en este caso el que se inicia con la industrialización y finaliza en el momento en que la tecnología actual comienza a ser descartada. El período industrial se caracteriza por sus formas de organización social y económica, pero muchos de los procesos que determinan esta organización tienen sus orígenes en la época de la protoindustrialización, por lo que su estudio ha de ser también tenido en cuenta por la Arqueología industrial.

Aunque en la práctica no ha sido así, salvo contadas excepciones, nada diferencia la tarea de esta disciplina de la que es propia de la Arqueología, como nada diferencia los objetivos de ésta y los de la Historia. La Arqueología industrial, no obstante, incorpora al registro arqueológico las informaciones procedentes de los registros oral y escrito, al igual que hacen otras ramas de la Arqueología, como es el caso de la Arqueología posmedieval con respecto al escrito. Las evidencias documentales –mucho más abundantes y variadas que las existentes para períodos anteriores–, las contempla como complementarias de las evidencias físicas, nunca como sustitutivas.

No obstante, la consideración de la Arqueología industrial como Arqueología –aunque cada vez más aceptada– dista todavía de ser una realidad, confundiendo a menudo registro arqueológico con patrimonio industrial y los objetivos de aquella con la salvaguarda de éste y con el estudio de sus características arquitectónicas o estéticas. Por eso, en demasiadas ocasiones se denomina Arqueología industrial a lo que no es más que Historia de la arquitectura o de la técnica, o a cualquier otro estudio sobre algún aspecto de la industrialización –más propio de la Historia económica– con profusión de fotografías y/u otras ilustraciones.

Por paradójico que pueda parecer, esto no debe extrañarnos si tenemos en cuenta que, hasta la fecha, la mayoría de los que han trabajado en Arqueología industrial carecían de una adecuada –o incluso ninguna– formación en la utilización del método arqueológico y viceversa: muy pocos arqueólogos se han ocupado de trabajar en Arqueología industrial. Razones que justifiquen esta situación hay de sobra. Por un lado, durante mucho tiempo se ha venido considerando que la tarea de la Arqueología era la de suplir a la Historia en el estudio de aquellos períodos en los que los documentos escritos no existen o son considerados insuficientes. Por otro lado, no hay que olvidar la forma y las condiciones en que nació la Arqueología industrial. Como es sabido, ésta surge en el contexto del proceso de renovación urbana e industrial que afectó a Gran Bretaña al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La reconstrucción de la industria británica comportaba la destrucción de significativos vestigios de la llamada revolución industrial y de todo un patrimonio ambiental, y fue el intento de que se considerase el patrimonio industrial como parte del patrimonio cultural lo que motivó a profesionales de diversos campos, ajenos a la Arqueología y a la Historia, a denunciar la situación, originándose así un amplio movimiento popular cuyos intereses, lógicamente, eran ante todo cívicos.

La Arqueología industrial no nació, pues, de la inquietud de la disciplina arqueológica por ampliar sus límites cronológicos ni de la ambición de la Historia por aumentar sus fuentes de conocimiento. Casi al mismo tiempo, Gran Bretaña vivía un importante debate sobre la propia concepción de la Historia e incluso sobre su práctica social –impulsado por historiadores de la izquierda, antiguos militantes del Partido Comunista Británico–, de grandes repercusiones en cuanto al significado de la disciplina histórica, sus objetivos, sus destinatarios e incluso sobre quiénes debían participar en su

elaboración. Pero por Historia se seguía entendiendo, no obstante, la que emanaba de los documentos escritos. Como mucho, y algo posteriormente, se empezó a reivindicar el registro oral. La Arqueología, por su parte, empezaba a adquirir el estatus de disciplina, pero en ningún momento se cuestionó un cambio en los límites cronológicos de los períodos objeto de su estudio que hubieran permitido incluir también la sociedad industrial. Ciertamente, algunos sectores –afortunadamente con éxito– defendieron la existencia de una Arqueología medieval como primera trasgresión de los límites tradicionales.

De esta manera, la Arqueología industrial fue, en sus principios, más bien un asunto de aficionados. El anticuarismo parece ser durante los años sesenta la principal actividad de los arqueólogos industriales. Algo muy parecido ya le había ocurrido a la Arqueología clásica en sus inicios. Al igual que a ésta se la identificó con las grandes obras de la antigüedad y sus objetos artísticos, a la Arqueología industrial se la ha venido identificando con los grandes monumentos industriales y con el patrimonio industrial, y no sólo con su estudio, sino incluso con otras facetas más propias de la gestión político-administrativa como son las relacionadas con su conservación o rehabilitación.

De todas formas, gracias al entusiasmo de otros profesionales y de muchos aficionados, podemos hoy hablar de la existencia de la Arqueología industrial desde una óptica muy distinta, aunque no en los términos que serían deseables. La ausencia de un marco teórico preciso durante tanto tiempo constituye todavía hoy un serio problema. Aunque a principios de los sesenta llegó a convertirse en sección universitaria en la University of Bath (Universidad de Bath), las reticencias académicas hacia ella nunca han cesado y su estudio apenas si se contempla en los cursos universitarios, tanto de licenciatura como de posgrado. La falta de formación es, de esta forma, evidente y supone un serio impedimento para su práctica profesional: existe un desconocimiento generalizado del método arqueológico por parte de los que se dedican a la Arqueología industrial, así como del proceso histórico de la industrialización por parte de los arqueólogos que se han acercado a estudiar los siglos XIX y XX. Esta falta de formación se disfraza a menudo con la supuesta interdisciplinariedad de la Arqueología industrial, llegándose al extremo –como ocurre en Italia– de considerarla innecesaria aduciendo que su campo de estudio ya lo cubren otras disciplinas como puedan ser la Arquitectura o la Etnología.

A pesar de todo, la Arqueología industrial ha recorrido un largo camino desde que, en 1953, Michael Rix publicara un artículo en el que acuñaba esta terminología –haciendo hincapié en los valores estéticos de las estructuras industriales– y estableciera dos años después que sus objetivos eran “registrar, preservar en algunos casos e interpretar los lugares y estructuras de la primera actividad industrial, particularmente los monumentos de la revolución industrial”. En 1963, Kenneth Hudson (un periodista de la BBC) publicó el primer libro sobre Arqueología industrial, *Industrial archaeology*, y fundó la primera revista sobre la materia, *The journal of industrial archaeology*. Su trabajo y el de otros autores británicos, como Angus Buchanan, Neil Cossons o Arthur Raistrick, sirvió para que el interés hacia la disciplina y hacia la defensa del patrimonio industrial se despertara también fuera de las fronteras del Reino Unido. La Arqueología industrial comenzó a ser practicada en gran parte de Europa y de América del Norte a finales de los años sesenta, con lo que se multiplicaron las publicaciones y congresos sobre ella y se crearon numerosas asociaciones locales y nacionales. Tímidamente, algunas universidades la incorporaron a sus planes de estudios.

Poco a poco, y a pesar de los problemas que antes mencionábamos, la Arqueología industrial ha ido consolidándose como disciplina y definiendo sus objetivos: el estudio de la cultura material de la sociedad industrial capitalista con el fin de producir conocimientos históricos capaces de analizarla y explicarla. No sólo el monumento, sino todos los vestigios materiales han de ser estudiados; no por ellos mismos, sino en tanto que manifestaciones de una sociedad concreta nacida con la industrialización y determinada por unas nuevas y diferentes relaciones sociales. El debate sobre si la Arqueología industrial ha de definirse en función del período estudiado (desde la protoindustrialización hasta el momento en que se descarta la actual tecnología, lo que significa

diferentes cronologías según países) o del tipo de actividades (el estudio de "las evidencias que contribuyan a nuestro conocimiento de la historia y de la evolución de determinadas industrias y procesos y del desarrollo de la industria en general" –Raistrick, 1972–, desde el Neolítico, pues) afortunadamente está ya superado. El campo de estudio de la Arqueología industrial se limita, por consiguiente, al período de la industria capitalista, puesto que supone el origen de una determinada organización del trabajo, desconocida hasta entonces, y de otro sistema de vida –otras actitudes, otros comportamientos– resultante de las nuevas relaciones sociales. Esto no significa otra cosa que "todo el universo material de las sociedades organizadas en el sistema de producción propio del capitalismo o dependientes de éste: no se trata, por tanto, de manufacturas e industrias controladas por el capital industrial –las manufacturas controladas por el capital industrial se conocen desde la antigüedad clásica–, sino de todas las producciones ciudadanas y rurales –por lo tanto, también las agrícolas–" (Carandini, 1978); es decir: todas las huellas que, durante este período, el hombre ha dejado como consecuencia de su trabajo, de sus relaciones sociales y de sus medios de vida.

Fábricas, máquinas, viviendas, medios de transporte y vías de comunicación, lugares de ocio y sociabilidad, transformaciones agrícolas y del paisaje..., son señales tangibles de la actividad humana, de una actividad que ha transformado tanto las formas de vida como las del trabajo, las formas de comunicarse y de relacionarse, el paisaje urbano y el rural. La evidencia física no puede, pues, aislarse de su amplio paisaje y de su contexto social sin colocarse fuera de los límites de la Arqueología: el trabajo, el capital, las materias primas, el transporte, la tecnología, la propiedad y el poder, todos han tenido un impacto sobre el paisaje y proporcionan el contexto de la industrialización (Clark, 1987). Sin embargo, este estudio total del paisaje y los artefactos apenas se ha llevado a cabo. La revista más importante hoy en día sobre nuestra disciplina, *Industrial archaeology review*, sigue prestando, si bien con notables excepciones, más atención al artefacto que al contexto. Aunque la Arqueología industrial anglosajona ha sido prácticamente la única en utilizar el registro arqueológico, esto no ha significado que, por poner un ejemplo, se estudien las ruedas hidráulicas sin tener en cuenta los sistemas hidráulicos.

Así pues, mucha de la Arqueología industrial que se ha practicado hasta ahora ha tenido más que ver con la Historia de la Arquitectura, de la técnica, o incluso la Historia económica que no con una verdadera Arqueología del período industrial-capitalista. Un concepto básico del método arqueológico, como es la estratigrafía, sigue sin ser utilizado por muchos de los que se dedican a esta disciplina, a pesar de su enorme potencial. El análisis estratigráfico se revela indispensable para la investigación en Arqueología industrial, entendiendo no sólo como estratos los diversos niveles acumulados en el subsuelo, sino también todo lo edificado sobre la superficie y el propio paisaje, porque todo ello es el reflejo, el resultado más bien, de la actividad humana, de sus relaciones sociales en un contexto determinado. El principio estratigráfico nos permite construir secuencias temporales y tipos, de los que tan necesitada está la Arqueología industrial, cuya sistematización y análisis son indispensables a la hora de aumentar nuestros conocimientos históricos, ya que muchos de ellos en absoluto pueden extraerse únicamente de las fuentes escritas, como puedan ser, por ejemplo, las condiciones de vida y trabajo de los grupos sociales más desfavorecidos –entre otras cosas, porque son los que menos documentación escrita han generado–.

Si el registro arqueológico –sea mediante la excavación, el análisis estratigráfico o el análisis espacial– es, pues, la premisa básica del trabajo en Arqueología industrial, no por ello ésta descuida la información aportada por otros registros, como el escrito o el oral –o el iconográfico–, lo que no significa supeditación o la subsidiariedad de éstos respecto a aquel. La documentación escrita nos resulta de suma utilidad para situarnos en la realidad económica y político-social de la zona sobre la que vamos a trabajar, como también nos puede informar sobre determinados artefactos que, mediante la prospección, no identifiquemos sobre el terreno.

El estudio de la cultura material exige el recurso a múltiples fuentes: desde la cartografía histórica a los mapas más recientes, de los archivos de empresa a los locales y supralocales, de la iconografía a la fotografía y las películas, de los catálogos publicitarios a la publicística especializada. Todo son materializaciones de la industrialización y su proceso histórico. Pero la Arqueología industrial tiene en cuenta también otras fuentes no estrictamente materiales: los testimonios de los hombres y mujeres que han experimentado y protagonizado este proceso. El registro oral puede proporcionarnos una provechosa información sobre el impacto del desarrollo tecnológico y el nuevo sistema de fábrica en la vida de las gentes, así como sobre antiguos procesos de producción ya en desuso u oficios ya desaparecidos o en vías de desaparición.

En el País Valenciano, la Arqueología industrial tiene aún un escaso desarrollo, si bien en los últimos años se han multiplicado las actividades en torno a ella. Todos los problemas que afectan a la disciplina –y que hemos tratado de resumir en estas páginas– adquieren entre nosotros mayor relieve debido a la poca atención que ha recibido por parte de los profesionales de la historia y de la Arqueología y la tradicional formación que reciben nuestros investigadores, lo que se traduce en un desconocimiento generalizado de lo que en realidad es la Arqueología industrial. No obstante, su práctica puede resultar de gran utilidad a la hora de proporcionar un nuevo enfoque y abrir nuevos interrogantes en temas como la reconstrucción del paisaje agrario, sus transformaciones, el estudio de los procesos de producción, las condiciones de vida y trabajo, las transformaciones urbanísticas tanto en el medio urbano como el rural, etc.; áreas éstas que, en su práctica totalidad, han sido abandonadas en manos de otros especialistas y, por supuesto, apenas si se han investigado desde el registro arqueológico.

Los orígenes de la Arqueología industrial en el País Valenciano se remontan a 1980, cuando el Ayuntamiento de Alcoi editó el libro *Arqueologia industrial de Alcoi* (Aracil, Cerdà, García Bonafé), el primero, por otra parte, que se publicaba en todo el territorio español. Algún artículo aislado y ciertas iniciativas impulsadas desde el Departamento de Historia del Arte de la Universitat de València y el Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universitat d'Alacant son prácticamente las únicas actividades visibles hasta 1989, a las que habría que añadir la publicación de las tesis del ingeniero G. Olcina y del arquitecto M. V. Vidal sobre la localización y tipología arquitectónica industrial de las factorías de los ríos Barxell y Molinar de Alcoi (1988). En 1989 el Centre Alcoià d'Estudis Històrics i Arqueològics organizó en Alcoi unas "Jornades sobre teoria i mètodes d'arqueologia industrial", que editaría un año después la Universitat d'Alacant. Ese mismo año se constituyó un equipo interdisciplinario, dirigido por el profesor de la Universitat d'Alacant Salvador Forner, para elaborar un proyecto de parque arqueológico-industrial en el curso alto del río Molinar (Alcoi).

De las jornadas de Alcoi surgió el acuerdo de crear la Associació Valenciana d'Arqueologia Industrial (AVAI), constituida en mayo de 1990, y de convocar el I Congrés d'Arqueologia Industrial del País Valencià, el cual tendría lugar en Alcoi en noviembre de 1990, patrocinado por el Ayuntamiento de la ciudad y cuyas actas se publicaron al año siguiente por el Centro de Estudios de Historia Local de la Diputación de Valencia. Este organismo ha publicado también otros libros sobre Arqueología industrial, al igual que la Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.

Desde su constitución, la AVAI ha llevado a cabo una labor en favor de la investigación arqueológico-industrial y de la salvaguarda del patrimonio. Edita semestralmente un boletín donde se publican artículos de investigación en Arqueología industrial. También –con el apoyo económico de la Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana– se ha encargado de realizar el inventario del patrimonio industrial de la zona comprendida en el eje económico Alcoi-Ontinyent y de la comarca de la Ribera. Además de colaborar con otras instituciones (con la Diputación de Valencia organizó un "Curso de Arqueología para historiadores", 1992, y con la Universidad Politécnica de Valencia un "Seminario sobre Arqueología industrial", 1994), organizó –con el patrocinio del Ayuntamiento de Sagunt– el II Congrés d'Arqueologia Industrial del País Valencià, con el título de

“Cultura material i canvi social” (febrero de 1994, editadas las actas recientemente por el Centro de Estudios de Historia Local). En este congreso se han podido apreciar algunos avances en la investigación en Arqueología industrial valenciana: especialmente las comunicaciones sobre vivienda obrera incorporaron, por primera vez, el uso de técnicas estratigráficas y tipológicas. [MC, MGB]